

Pupila Papal

Por Luis Vargas Saavedra

(“El Chile de Pío IX: 1824.” Lillian Calm. Editorial Andrés Bello. 236 págs.)

LILLIAN Calm nos diviiga un Papa y un Chile, mediante el Diario de viaje de Monseñor Juan María Mastai Ferrati, enviado por Pío VII en la Misión Muzi, que iba a Chile costeador por Chile para consolidar lo religioso y tantear relaciones con el recién independizado país. Pudieron ser las preliminares constataciones para la futura designación de un Nuncio Apostólico. Pero, tras siete meses en Chile y ante la hostil codicia del Director de Chile y de ciertos eclesiásticos, la Misión regresó a Roma, ofendidamente.

En Italia, Juan María Mastai Ferrati fue designado Arzobispo de Spoleto y luego de Imola (la ciudad donde nuestro Swedenborg chileno, el Padre Masuel Lacunza escribía sus visiones comiendo pan duro). Después fue nombrado Cardenal. Y a la muerte de Gregorio XVI, salió del Cónclave, coronado Pío IX.

Del viaje a Chile han quedado el diario y algunas cartas donde se pueden acompañar las vicisitudes de una misión que Juan María Mastai consideraba como tal: “Y precisamente por ser esta Obra tan santa, disgustaba al demonio verla llevada a término, y no habiendo podido impedirla se esforzaba con todo empeño en retrasarla”.

Desprovisto de explicaciones ambientales, el texto tendría el pintoresquismo de lo trocado o desaparecido. Lillian Calm, después de enmarcar viaje y viajero dentro del siglo, sopesando rasgos y logros de Mastai-Ferrati-Pío IX, interroga una batería de eruditos chilenos, los somete a un veloz interrogatorio, que produce una suite de notas al texto, pero encuadradas lejos del texto.

Los historiadores entrevistados allegan como lupa un conocimiento que da vértigo y orgullo: nos ponen tan a lo vivo y tan de cerca el Santiago que no vivimos, que parecen haberse vivido y del cual hablan como ámbitos muy corrientes, convocados por Lillian Calm, sin brulería alguna... Orgullo da, que así

como en Inglaterra, por ejemplo, se topa al dedillo la historia de cada noble vetusto y de cualquier piedra construida, acá también se sepa la vejez de las casetas cordilleranas o el menú de las mesas patronales. Eso de ser país de historiadores, lo va remarcando este libro, página sobre página. Pero con ritmo de periodismo. La batuta de Lillian Calm les saca allegros en vez de adagios.

No sospeché Juan María Mastai Ferrati ni su mitra ni su púrpura ni su corona; tampoco sospeché que su diario fuera a ser traducido dos veces al castellano, la primera vez por Monseñor Carlos Oviedo Cavada (1961), la segunda por el Padre Avelino Ignacio Gómez Ferreyra (1970) y ahora reeditado a ultranza por Lillian Calm. Escribió para sí mismo y según su sacerdocio. Y le resultó un escrito para los demás, por cuanto no se cifo a lo exclusivamente pío ni a lo estrictamente funcional de su obra. En 1800 se practicaban los cinco sentidos. Había una boga naturalista o científica, tan bien comenzada con los Viajes de Goethe, donde escribíamos desde Iquenes a establos, desde Vivadi a una enclusa; y había, después, el ejemplo de Humboldt, Darwin, Beuganville y Cook.

Ya en Santiago, su ojo de italiano criado en la mejor arquitectura del mundo observa críticamente las casas. Señala la humedad y el enladrillado del suelo “trabajado muy modestamente (él vendría de mármoles pulidos a nivel); repara en la falta de constatación de los cuartos: “en aquellas casas no se conoce lo que nosotros llamamos faja de habitaciones, porque del patio se entra en una salita y de ésta en una sala de recepción”. Es decir, echa de menos la carencia de espejos en hilera, en desahogo de perspectiva, que al ser vistos a través del eje de las puertas bien abiertas, prolongan una sucesión de habitaciones y habitaciones.

Y sigue observando con sus pupilas de italiano: las iglesias anodinas donde “por su construcción arquitectónica no hay ni de horrible ni de particular. No se encuentra casi ningún cuadro y en los altares hay estatuas de madera yes-

tidadas con géneros... los candelabros, adornos, etc., están todos mal hechos”. Y le parece “que fuera un resto de gusto indio el ver espejos grandes y pequeños como adornos en las iglesias y en los altares”.

Hasta ahí la congénita mirada plástica, además regaleada con auténtico Renacimiento y Barroco. Lo grave es el ojo católico: “Las ceremonias y ritos no están aquí en mucho vigor”. Duele leer el forcejeo entre sacerdotes y gobierno espanta con viejo espanto leer las discordias internas, el relajamiento de las órdenes religiosas, la venta de licencias matrimoniales, las bajezas de José Ignacio Cienfuegos, a quien Mastai Ferrati había empezado a padecer desde Génova y al que finalmente califica de “un gran necio o un hereje”. Las intrigas con chantaje político para extraer de la Misión Apostólica el nombramiento de obispos liberales y consentidores. Presenciamos la pugna entre gobierno y Santa Sede como un ataque de zorro a elefante.

El lector católico ya se conoce el factor humano dentro de una grey de hombre y el factor discrepancia dentro de una religión a la que su Fundador dejó con ejes de claridad y órbitas de incógnita, de manera que la individual conciencia tuviese que discernir y no farisearse. Todo esto cabalmente conocido por el futuro Papa. Su diario atestigua confianza en los hombres que lo leerán a la perspectiva de siglos y siglos de Iglesia incesante. Y, por supuesto, al amparo del Buen Pastor.

Lo que presenciamos en el diario es el forcejeo por heredar el patronato español o derecho a proponer obispos al Papa; y el forcejeo por timonear una república, agarrando a la vez el gobierno civil y la Iglesia; o sea, tratando de meter en una cuenta común lo del César y lo de Dios. Según Pío IX, no sólo Chile sufre “aquella epidemia general de los gobiernos de América y de todo el mundo, es decir, que los límites de la jurisdicción espiritual deban coincidir con aquellos del dominio temporal...”.

Ante la pugna de tenebrosos contra flamígeros, Mastai Ferrati no tiene la pudibundez actual para escamotear el reconocimiento del verdadero Ene-



zigo y olfatear diablo en la cultura: “No puedo silenciar el enorme disgusto que me ocasionaba el que un joven americano leyera descaradamente a Voltaire... De verdad que me venía el ímpetu de arrojar al mar cada tomo que se me presentaba, ante un tan impío y necio autor. Pero, después me dominaba, encomendándome al Señor, ofreciéndole mi disgusto, tanto más grande cuanto que sabía que había muchos otros de estos libros a bordo”.

A Cienfuegos lo ve color de anafre: “se alzó hecho una furia y animado del espíritu de las tinieblas vomitó mil impertinencias a Monseñor Vicario”.

“pero la Providencia, que vela incansablemente en nuestra defensa, permita quizás estos obstáculos para probar a sus siervos...”. Allí está toda la inderrotable fe del futuro Papa. Fracasará por ahora es triunfar después.

Sencillo y profundo, el diario nos deja penetrar en esa trascendental definición del Chile incipiente, primario, raramento. Y presenciar como un grupo de seres humanos muy surtidos están faenando por sus tierras o sus cie-

los. Verlo desde el ojo italiano católico sacerdotal de un hombre con vocación de misionero, que ayuda a representar la Santa Sede en Chile, es un tesoro histórico y una cristiana meditación. Lo que Freire codiciaba: el usufructo cesáreo más el divino, es la ganancia que Lillian Calm ofrece a cada lector: adquiriremos una comprensión a lo humano y a lo divino del Chile 1824.

Pupila papal [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pupila papal [artículo] Luis Vargas Saavedra. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)